

TORERO EN LAS NUBES



LAS alturas a que suele verse un torero por los aires no superan, generalmente, los dos metros. Los toros no son demasiado fuertes para lanzarlos más arriba. Por eso, ver a un torero, o pretendiente a ello, descender suavemente desde dos mil metros es algo inédito en la historia de la tauromaquia. Los vecinos de Getafe, y los que allí fueron para ver a Luis Ríos «El Pinturero», presenciaron la primera edición de paracaidismo taurino-bufo, aunque la cosa no salió como estaba alegremente prevista.

Luis Ríos es instructor en la Escuela de Paracaidismo Deportivo y ha realizado ya unos cuatrocientos saltos. Según afirman, en este oficio es un maestro. Sin embargo, el hombre aspiraba a la fama —y al dinero también— y decidió hacerse torero. Después de todo, para eso no se precisa, a veces, más que un poco de arte o valor y un mucho de cara y publicidad bien dirigida. Hay que hacer lo que no ha hecho nadie. Pero no con el toro y con los trastos del oficio, como parece lo lógico, sino de cara a una galería, en tantas ocasiones entontecida hábilmente, que desea evadirse con un poco de aparato y espectacularidad falsa. Por eso el bueno de Luis, a la misma hora que algunos toreros y otros que no lo son se ponen la montera, se

colocaba el casco de paracaidista y las botas en el sitio de las zapatillas. Estaba en el Aero Club de Cuatro Vientos. Allí se subió a una avioneta, a las cinco y cuarto, después de comprobar el buen funcionamiento del paracaidas; y otro cuarto de hora más tarde ya estaba nuestro hombre volando sobre Getafe, en cuya plaza de toros tendría que caer después de lanzarse sobre ella con su vestimenta híbrida de hombre del espacio y hombre de la arena.

A las cinco y media, Luis Ríos, que ya iba camino de ser «El Pinturero», vio cómo el viento empezaba por variar la ruta. Y así fue como cayó a varios kilómetros del ruedo y no en el centro de él —en plena gloria taurino-aérea—, donde le esperaban apiñados varios miles de personas. Claro que este primer contratiempo no habría tenido importancia si «El Pinturero», tras ser transportado al coso —que hay quien asegura que pisó entonces por vez primera—, hubiese estado a la «altura» de su oficio habitual en el que ahora quería emprender. En éste, ha demostrado el hombre más voluntad que acierto y se ha olvidado que para ser torero, en ocasiones, es preciso saber torear.

(Reportaje fotográfico MONDIAL PRESS)

